

Memoria Histórica:

Hernani, una referencia.

Iñaki Egaña

Cuando Víctor Hugo escribió *Hernani* y se estrenó en París en 1830, provocando un tumulto en el propio teatro, el nombre de ese pequeño pueblo a la orilla del Urumea que una vez fue puerto navarro, cruzó la frontera de lo preciso y se asentó en el difuso mundo de la imaginación. No la cercana, que no conocería a Hugo hasta un siglo después a pesar de que el escritor francés dejó sobre el país unos pasajes memorables, sino la europea.

No sé si aquello fue una buena noticia para Hernani porque el título de la obra, en realidad, refería a un bandolero al que Hugo, por razones que desconozco, bautizó con el nombre de la villa. Los espectadores franceses pronto olvidarían el letrero de la obra y se quedarían con la historia ardiente de su protagonista. Los lectores siguieron por la misma senda del desconocimiento.

Un siglo más tarde, y sin ninguna relación entre un hecho y otro, el nombre de Hernani reapareció en Europa. En 1934 las páginas de los diarios europeos volvieron a recordar a ese pequeño grupo de casas y caseríos, cerca-

no a la capital guipuzcoana, cuando un general, Fernando Berenguer, de infausto recuerdo como Gobernador Militar de Cataluña, fue muerto en Hernani por un grupo de desconocidos, probablemente anarquistas, que jamás reivindicó la acción.

Y así, sin tiempo a dejar la portada de los medios, dos años después Hernani volvió a convertirse en referencia, esta vez de una manera tan bárbara, que sólo su recuerdo estremece. Era 1936, febrero para más señas, y hubo en el Estado un proceso electoral para llenar de delegados las Cortes españolas de Madrid. Las derechas, levantiscas como siempre, esperaban copar la mayoría de los escaños, ya que llevaban dos años ostentando el poder. Un goteo inacabado de escándalos de corrupción había obligado al presidente de la República a adelantar las elecciones.

Ocurrió, sin embargo, lo inesperado, y las izquierdas, el Frente Popular, lograron una victoria electoral que incomodó a Europa y enojó a los poderes fácticos, militares, iglesia y banqueros. Empezaron a preparar una

asonada que les devolviera al poder. En Hernani, donde en las elecciones el Frente Popular había logrado arrebatar al PNV la primacía de los votos por un margen escasísimo, un joven jeltzale llamado José Aramburu Lasa, que defendía la parroquia como lugar sagrado, ante los grupos anticlericales, fue muerto por una cuadrilla comunista.

¡Ay, de aquellos tiempos! Hernani tenía entonces poco más de 6.000 habitantes, por los más de 19.000 de hoy en día. La tercera parte.

A mediados de julio de 1936, en pleno verano, los perdedores de las elecciones ya tenían su confabulación preparada: golpe de estado en sus posesiones africanas el día 17, y el 18 en la península. La historia es conocida: tres meses de guerra en Gipuzkoa, casi un año en Bizkaia, después de que los territorios de Araba y Navarra sucumbieran a los golpistas a las primeras de cambio. Miles de muertos, decenas de miles de desplazados, cárcel, exilio y una dictadura que a veces tengo la impresión que no concluyó en 1975 con la muerte del dictador, Franco.



José Aramburu Lasa fue enterrado el 21 de marzo de 1936.

Argazkiak: Aranzadi Zientzi elkarteak.

El 13 de septiembre de 1936 las tropas sublevadas entraron en la capital, Donostia, y horas más tarde en Hernani. El fin de la esperanza. En los días siguientes, en algún despacho desconocido de la capital, tuvieron ciertas reuniones del todo discretas. Entre los acuerdos, uno de capital importancia: la eliminación del contrario, la ejecución de los disidentes abertzales y republicanos. Nunca sabremos ni la ubicación, ni los presentes en las mismas. Pero no hay que ser un linche para poder rellenar las sillas. Militares y falangistas se repartieron los papeles, desde la sede del Gobierno Militar.

El resultado fue que en pocos días la cárcel de Ondarreta se llenó de centenares de detenidos y, de inmediato, algunos de ellos fueron "liberados" hacia dos lugares entonces apartados del centro donostiarra, Ulía y el Puente de Hierro. En ambos varias decenas de detenidos fueron ejecutados. Aquello no había hecho sino comenzar.

En los estertores de aquel verano de 1936, Donostia, que había visto como más de la mitad de su población había

huido hacia Bizkaia con la llegada de los sublevados, ante los rumores luego confirmados de grandes matanzas en Navarra, se convertiría, en un suspiro, en la capital de los rebeldes. Barcelona, Madrid, Alicante, Valencia... seguían siendo leales a la República. Así que una legión de turistas de alcornia, refugiados en Biarritz, tomaron la capital donostiarra como lugar de protección.

Algunos de aquellos influyentes banqueros y militares descubrieron que no era muy agradable que sus honorables esposas estuvieran al tanto del tráfico de camionetas, a pesar de las horas intempestivas de los traslados, el sonido de los fusiles, el eco de las descargas. En definitiva, que las noticias de que a unos centenares de metros de donde residían, como si nada ocurriera, la muerte acogotara el ambiente.

Cuando Emilio Mola visitó la ciudad, un grupo de los ilustres le dijo que aquello de eliminar a los republicanos estaba bien, pero que, dadas las circunstancias, se exigía algo de discreción. Así debió de ser cómo Mola y sus asesores

locales decidieron que Hernani sería el próximo reducto de los fusilados. Desde principios de octubre hasta mediados de noviembre de 1936.

Luego, los escenarios se movieron. Los presos que pasaban en Ondarreta sus últimas horas antes de ser fusilados dejaron Hernani para ser trasladados a Oiartzun, y a partir de 1937, a la canteira de Bera, en la vecina Navarra. Meses más tarde, la represión tuvo ya un único mando, el militar, y los ejecutados pasaron por un juicio previo, sumarísimo. Las sentencias se cumplieron, en su mayoría, en terrenos del campo de tiro, hoy desaparecido, de Bidebieta en Donostia.

No hay una certeza absoluta de los hombres y mujeres que fueron ejecutados y enterrados en Hernani. Hay un significativo papel de la Guardia Civil, fechado el 17 de junio de 1958, en la época de los traslados al Valle de los Caídos, que habla de 190 enterrados en una fosa común y otros 7 en otra, esta última como los nombres y apellidos perfectamente identificados.

Relación nominal de ejecutados por los nacionales (HUA/AMH//E-5-11-27/4).

143ª COMANDANCIA DE LA GUARDIA CIVIL

1ª COMPAÑÍA

LINER Y PUERTO DE HERNANI

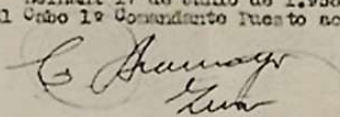
RELACION nominal de los enterramientos colectivos que existen en la demarcación de este Puerto, expresiva de antecedentes.-

Nombres y apellidos	Fecha del fallecimiento			Lugar en que se hallan enterrados	Observaciones
	Día	Mes	Año		
Don Martin Lecuona Echaveguren	9	Octubre	1.936	Cementerio de "Hernani"	Ejecutado por los "nacionales"
Don Gervasio Albizu Bideaur	9	Octubre	1.936	Idm.	Idm.
Don José Aristimundo Olaso	18	Octubre	1.936	Idm.	Idm.
Don José Adarraga Iriburu	18	Octubre	1.936	Idm.	Idm.
Don Celestino Onaindia Zuluaga	23	Octubre	1.936	Idm.	Idm.
Don Jose Maria Elizalde Zubiri	18	Octubre	1.936	Idm.	Idm.
Don Gabino Alustiza	27	Octubre	1.936	Idm.	Idm.

NOTA.- Se hallan enterrados juntamente con los recordados anteriormente unos 190 individuos mas aproximadamente, cuyos nombres se desconocen totalmente los cuales tambien fueron ejecutados por las fuerzas Nacionales.

Hernani 17 de Junio de 1.958

El Cabo 1º Comandante Puerto local



El escrito de la Guardia Civil a pesar de ser significativo no es definitivo. Personalmente tengo la impresión de que los enterrados fueron más. No sé cuantos más. Pero las impresiones no sirven para asentar certezas y, por tanto, el dato del informe es el único que, por el momento, arroja más luz sobre aquel otoño de 1936.

Sucede que la fuente documental primera para conocer los fusilados en Hernani es el archivo de la cárcel de Ondarreta. Durante años, este archivo estuvo en la prisión provincial de Martutene y, en la actualidad, se encuentra depositado en el Archivo Histórico Provincial, en Oñati. Los expedientes de los fusilados y de otros presos han desaparecido. En algún momento del franquismo, incluso de la Transición, alguien los hizo desaparecer. Los expedientes de 1936 a 1940, las trazas del horror, han sido robados y seguramente destruidos.

Sin embargo, el fichero de la cárcel no desapareció. Pero en la ficha escueta de cada preso no llegamos a saber si el reo fue finalmente ejecutado o logró salvar la vida. Los ejecutados entraban en una especie de capilla, en uno de los módulos de la cárcel, y gracias a ello, hemos podido rescatar el pasillo de la muerte y muchos nombres. Algunos presos de los que no teníamos conocimiento fueron fusilados. La reconstrucción a través de la ficha nos ha permitido saber que fueron ejecutados. Las fechas los ubicarían, previsiblemente, en Hernani.

El impacto social en Hernani, como es lógico pensar, fue extraordinario. En el día de las ánimas de 1936, las autoridades locales ya prohibieron la entrada al recinto. Y, a partir de los años 40, el cementerio se convirtió en una especie de foco de peregrinación. En los años 50, el joven de los Goya, la familia de los enterradores, intentó marcar con una placa el lugar donde habían sido enterrados los sacerdotes fusilados. Fue detenido y cumplió unos meses de condena en la prisión de Burgos.



Tres imágenes, de diferentes épocas, de una las fosas de enterramiento en el interior del cementerio municipal. En la central, instantánea de un homenaje realizado a los allí fusilados, a mediados de la década de 1970.



En los últimos años del franquismo, los familiares de las víctimas fueron colocando placas hasta que en 1977 comenzaron las labores para edificar una cripta en uno de los extremos del cementerio donde, según la creencia, habían sido enterrados los sacerdotes fusilados (Martín Lecuona, Gervasio Albisu, José Adarraga, José Aristimuño Olaso, Alejandro Mendicute y Celestino Onaindia) y algunas personas más. La iniciativa correspondió al párroco Eusebio Iraola

En 1975, con la muerte del dictador, las expectativas de un cambio radical en el tratamiento a las víctimas del franquismo habían subido de tono, alcanzaron gran temperatura. En Navarra las familias de decenas de fusilados en la Ribera, se asociaron para recuperar los cuerpos de los suyos. Entre 1978 y 1979, numerosas iniciativas populares lograron lo que había estado negado durante la dictadura. Hernani, con su cripta, había sido pionera también.

En 1981 llegó el golpe de Estado y todas las incipientes iniciativas para recuperar la memoria de las víctimas de la guerra civil y del franquismo quedaron congeladas. El retroceso democrático fue notorio y un segundo pacto entre la derecha española y la izquierda parlamentaria desterró de la actualidad política no solo el mensaje de la reparación, sino incluso el de la verdad hacia las víctimas. La mayoría de los archivos que guardaban

los datos más escabrosos sobre la represión seguían cerrados. Algunos otros desaparecieron para siempre.

Aún así, en 1986, el Ayuntamiento de Hernani, realizó un homenaje a los fusilados, con la edificación de un monumento, dentro del mismo cementerio, que dignificaba su memoria. Fue el mismo año de la desanexión de Lasarte, cuando Ricardo Mendiola, de la hoy perseguida Herri Batasuna, era alcalde. La escultura fue realizada por Ion Iturralde, con la siguiente inscripción: "*Herri beza-la bizinahia. Gau luze luzea. Zuen odola, herriaren arnas. La sangre de los demócratas es semilla de libertad*". Se inauguró el 5 de octubre, en el 50 aniversario de los primeros fusilamientos.

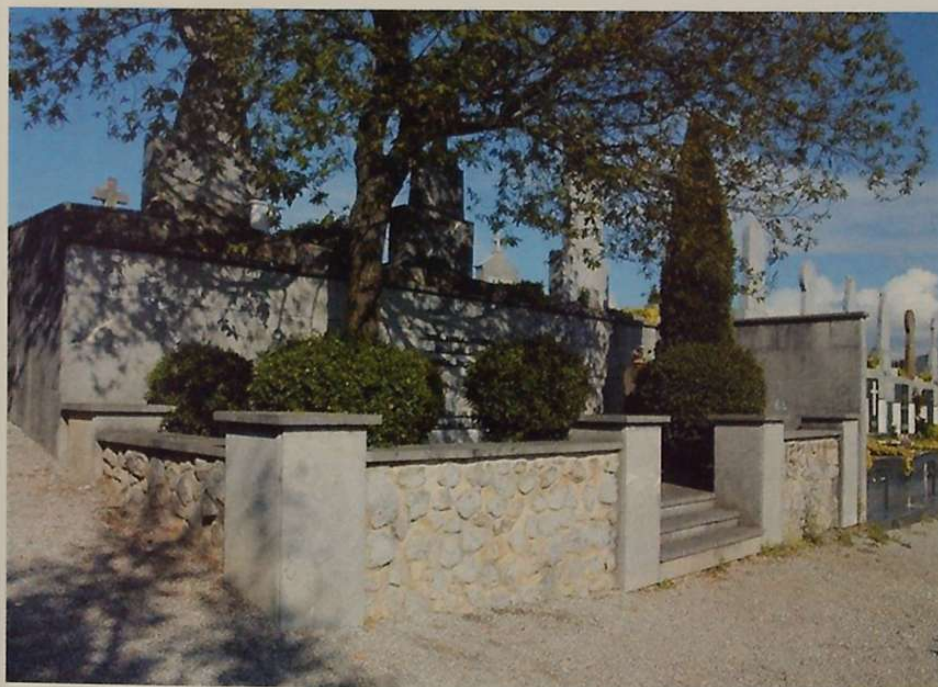
Lejos de Hernani y en el año 2000, rompiendo casi 20 años de silencio, no tanto en el ámbito familiar, una iniciativa que tuvo lugar en la región española de El Bierzo, fue el inicio de un boom mediático y también asociativo que, con el tiempo, ha sido capaz de generar un interés y una socialización de la cuestión referida a las víctimas del franquismo que hasta entonces no existía. Entonces, un equipo interdisciplinar de la Sociedad de Ciencias Aranzadi rescató los restos de una fosa en la comarca leonesa citada.

Dos años después se volvió a repetir lo sucedido y esta vez el eco mediático superó lo previsible. Numerosos medios

de comunicación europeos cubrieron el evento y manifestaron su perplejidad por algo evidente. Más de cien mil víctimas en el Estado estaban abandonadas en cunetas, habían sido enterradas y desaparecidas, aparentemente, para siempre. De aquella iniciativa, en la que volvió a participar la Sociedad de Ciencias Aranzadi en tareas de exhumación, nació la hoy conocida ARMH, Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica, el abuelo de cuyo presidente (Emilio Silva), precisamente, fue recatado de la fosa citada del Bierzo.

La repercusión de los rescates llegó directamente hasta Euskal Herria y en poco tiempo tres alcaldes se pusieron en contacto con Aranzadi, los de Zaldibia, Arrasate y Hernani. El punto de partida era lógico. No hace falta ir al Bierzo o a otros lugares lejanos de nuestra tierra. Aquí también hay fosas con restos de republicanos. Hoy, sabemos, por ejemplo, que se acercan el centenar, la mitad de la cuales se ubican en Navarra.

En Zaldibia aparecieron dos cadáveres en un bosque lleno de zarzas y en Arrasate los restos de dos republicanos ejecutados por la espalda por un francotirador cuando huían, y arrojados a una sima que había sido trampa para decenas de animales. Fueron los primeros de una lista que no sabemos cuando concluirá.



Monumento levantado en octubre de 1986.

En 2002, y tras las excavaciones realizadas en Zaldibia y Arrasate, la alcaldesa de entonces, Mertxe Etxeberria se puso en contacto con Aranzadi para investigar la matanzas producidas en Hernani en 1936 y de paso arrojar luz sobre las dos fosas comunes del cementerio y que presumiblemente acogían los restos de más de dos centenares de ejecutados. La Comisión de Gobierno celebrada el 11 de septiembre de 2002 tomó el siguiente acuerdo: *"Estudio sobre diversos hechos acaecidos durante la Guerra Civil en Hernani. Teniendo en cuenta que en el Archivo Municipal existe constancia de que durante la Guerra Civil española, las fuerzas franquistas realizaron fusilamientos así como inhumaciones de cadáveres en fosas comunes en Hernani (...) iniciar las gestiones previas con Aranzadi para que, en colaboración con el archivero municipal, se proceda a esclarecer al máximo dichos hechos"*.

Bajo la dirección de Alfredo Moraza, Aranzadi abordó la excavación de la cripta en cuyas paredes se habían acumulado los nombres de 45 fusilados en numerosas placas, tanto individuales como colectivas. La creencia popular, avalada por aquel informe de

la Guardia Civil, apuntaba a que bajo toneladas de tierra se encontrarían restos de fusilados en la localidad. La investigación previa ya nos había avisado que no era así.

La sorpresa, sin embargo, una vez realizada la excavación, fue mayúscula. No aparecieron los restos de los cuerpos que, a priori, debían encontrarse en la cripta. El informe definitivo, fechado en mayo de 2003, señalaba: *"En conclusión puede afirmarse que los resultados de la investigación arqueológica efectuada en el interior de la Cripta-Panteón no han permitido localizar los restos humanos supuestamente inhumados en ese lugar en 1936"*.

En aquella excavación, de la que van a cumplirse 8 años, aparecieron los restos de una caja que entonces no supimos interpretar. Con el tiempo, la caja fue identificada sin dar lugar a la duda: era del tipo de las que se usaron entre 1959 y 1960 para trasladar restos de fallecidos al Valle de los Caídos, la obra faraónica que ordenó construir el dictador para que reposaran sus restos y los de quienes le habían acompañado en la sublevación de 1936. Como la negativa fue generalizada, hoy sabemos que aproximadamente 14.000 republi-

canos fueron enterrados en el Valle de los Caídos, sin que, en su mayoría, sus familias tuvieran conocimiento de ello.

En 2008, un par de investigadores de la Sociedad de Ciencias Aranzadi, entre los que me encontraba, tuvimos la oportunidad de acceder a los archivos del mausoleo. No constaba envío alguno desde Hernani, por lo que la hipótesis de un traslado de los sacerdotes fusilados al cementerio franquista perdía fuerza. Sin embargo, en mi opinión, ese dato no es concluyente. Decenas de gudaris y milicianos que murieron en la batalla de Legutio (invierno de 1936) y fueron enterrados en fosas comunes, habían sido trasladados al Valle de los Caídos, desde Gasteiz. La prensa lo comunicó en su momento. En el caso de Hernani, un envío de restos desde Tolosa podría sugerir, por la tipología, la posibilidad. Al día de hoy, nada es concluyente.

La falta de resultados en la cripta, junto a la constatación de diversas obras en la otra fosa existente en el cementerio municipal, fosa común que según el informe de la Guardia Civil de 1958 albergaba a 190 personas, impusieron la conclusión de los trabajos de excavación.

Caja de traslado de restos hallados en las prospecciones arqueológicas realizadas en 2003; y análisis forense de los escasos restos hallados entonces.





Monumento, con los nombres de los aproximadamente 130 fusilados identificados hasta ese momento, inaugurado en noviembre de 2006.

En 2006, y dentro de las actividades que el Gobierno Vasco desplegó como homenaje a las víctimas de la guerra civil, Hernani volvió a ser centro de atención. Un equipo de historiadores dirigido por Mikel Aizpuru, profundizó las investigaciones iniciadas por Aranzadi, plasmadas en la publicación del libro *El otoño de 1936 en Gipuzkoa. Los fusilamientos de Hernani*, y el propio Ayuntamiento, junto a las instituciones vascas, dirigió un homenaje que tuvo lugar en el cementerio en noviembre de ese año. Sabin Egileor,

en colaboración con ETB, dirigió, por esas fechas, un documental sobre las ejecuciones en Hernani, que tituló *Udazkena oraindik*.

Aunque parezca mentira, la investigación y la actividad en torno a lo que supuso la represión en Hernani no ha acabado. Otras tareas siguen abiertas. En el Archivo de Justicia Militar de Ferrol, por ejemplo, apareció recientemente un volante hecho en Bilbao en 1937 con el nombre "Hernani Antifascista", una publicación que probable-

mente realizaron hernaniarras desplazados a la capital vizcaina durante la guerra. Lo que demuestra, por otro lado, el espíritu corporativo de sus vecinos, vigente hasta en los momentos más dramáticos.

En octubre de 2010, Biteri Kultur Etxea acogió a una exposición sobre estos diez últimos años de excavaciones relacionadas con la guerra civil y protagonizadas por la Sociedad Aranzadi. Con motivo de la exposición ofrecí una conferencia y, en la misma, tuve ocasión de asistir a uno de los momentos más emotivos que recuerde.

Concluyendo la conferencia y ahondando en la idea de que aún queda mucho camino por recorrer, puse como ejemplo el de Jesús Altolagirre, un joven nacido en Antzuola, vecino de Hernani, que en 1936 desapareció sin dejar rastro. Hace poco, y tras una tarea en la que el objetivo era desenterrar los presos ejecutados en el penal burgalés de Valdenoceda, tuvimos la oportunidad de acceder a numerosa documentación de la época, de las prisiones de Burgos. Gracias a ella supimos que el hernaniarra Jesús Altolagirre estaba enterrado en una fosa común en el cementerio de Lerma (Burgos). Su hermana, con 95 años, asistía a la conferencia, que era en euskara, lengua que ella no conoce y cuando pronuncié el nombre de Altolagirre interrumpió la charla para darse a conocer. Muy emotivo.

La emotividad, aunque nos movamos entre papeles, lodo y palas, nunca nos ha abandonado. Recuerdo a Josebe Goya, niña cuando los fusilamientos y de la familia de los enterradores del cementerio, con la que coincidí hace ya muchos años en un programa radiofónico. Al terminar la emisión me ofreció dos fotografías que llevaba en la cartera desde 1936. Las había encontrado en el bolsillo de la chaqueta de un fusilado y desde entonces sentía la angustia por no poder habérselas hecho llegar a la familia. No sabía de donde procedían. Al poco tiempo, tras identificar a uno de ellos, llegamos hasta los hijos del fallecido, Hipólito Berasategi. Josebe Goya murió hace unos años con la satisfacción de haber podido resolver aquella pequeña contrariedad.



Entre sentimientos, investigaciones, reparaciones y demás, las referencias históricas y el duelo familiar, junto a las reivindicaciones pendientes, han ido forjando un magma asociativo que hasta ahora faltaba. En los últimos años, las diversas asociaciones vascas que bajo el paraguas de los tres pilares fundamentales que reivindican las víctimas (verdad, justicia y reparación) han confluído en una plataforma llamada *Lau Haizetara*. También existen otra serie de colectivos, como *Ahaztuak 1936-1977*, que persiguen justicia. Las instituciones, sin duda, tienen una sensibilidad que no tenían hace años. La sociedad en general, percibe que una gran injusticia se ha cernido sobre las víctimas republicanas de la guerra civil.

El futuro, en consecuencia, seguirá acogiendo a iniciativas destinadas a recuperar ese trozo de nuestra historia que nos fue robado. Hemos perdido mucho tiempo en el intento a pesar de que los avances de los últimos años sean notorios. Hemos perdido mucho tiempo y hemos llegado tarde porque muchos de aquellos familiares de los ejecutados en 1936 y 1937 ya fallecieron, desaparecieron por una simple razón biológica, sin ver el nombre de los suyos rehabilitado.

Dicen que de los errores se aprende. Y la gran lección que nos ha dejado este proceso agri dulce es la de que es tiempo de abordar otras cuestiones más recientes cuya memoria, cuyo recuerdo, aún abrasa. Me estoy refiriendo al franquismo, consecuencia primera del resultado de la contienda de 1936. El franquismo, es decir, la aplicación de los códigos políticos, sociales, económicos y culturales de los seguidores del dictador, estuvo activado hasta la muerte del tirano en 1975. Quizás muchos de las intolerancias e intransigencias de la sociedad actual tengan que ver con ese largo proceso dictatorial. De aquellos lodos estos barro.

Durante cerca de 40 años, miles de vascos huyeron al exilio, muchos de ellos para no regresar jamás, muchos otros fueron encarcelados. Los límites sociales y políticos fueron extraordinariamente estrechos. La tortura, la impunidad policial, la represión en general, dejó un poso que aún hoy, como el de la guerra civil, se percibe. No caigamos en los errores pasados. Es tiempo de abordar una investigación profunda y, a ser posible, un juicio social al franquismo. Muchas de las víctimas, de los protagonistas, aún siguen vivos. Y a ellos les debemos un reconocimiento. ■